Débil omnipotencia y omnipotentes desvalidos

Hace algo más de veinte años decía ya Edgar Morin, en un escrito titulado *Introduction a una politique de l'homme:* «actualmente nos vemos inducidos a plantear el problema de la ciencia de la consciencia». Señalaba cómo, ante todo, sabemos que la ciencia no lleva la consciencia en sus entrañas. Efectivamente, es la cabeza indagadora que no sabe lo que busca ni lo que mueve. Sin embargo, arrastra tras de sí al planeta, puesto que entraña la gran y verdadera revolución de los tiempos modernos y crea la civilización técnica.

Para Morin, la revolución científica es débil en su radicalidad. Los sabios atómicos son omnipotentes desvalidos, y la ciencia es imagen de esta débil omnipotencia; avanza titubeando, sus progresos se dislocan y ahogan en el tumulto del mundo. Logra dominar el mundo, pero al mismo tiempo corre el riesgo de aniquilarlo y aniquilarse a sí misma.

«La ciencia ya es capaz de aniquilar —insiste el sociólogo francés—, pero sigue siendo incapaz de reformar. Revolucionaria, activa, genial, también es ebria, ciega, titubeante». Se necesita, por tanto, una consciencia revolucionaria que pueda domesticar a la ciencia. Pero, recíprocamente, aquélla debe entrar en la escuela de la ciencia, no sólo utilizando sus métodos de investigación y de verificación, no sólo dominando el problema multiforme de la ciencia, sino, también, buscando en la ciencia el apoyo que podría ser decisivo para la revolución.

Para Morin, como para otros investigadores del tema, la ciencia comienza hoy a desvelar sus verdaderos rostros. No es la diosa bienhechora que glorificaba el antiguo cientifismo, ni el ídolo ciego que denunciaban los adoradores de antiguos ídolos. «La ciencia —resume el autor de *Ciencia con consciencia*—, no es ni diosa ni ídolo; tiende a confundirse cada vez más con la aventura humana de la que ha surgido».

Señas de identidad

Edgar Morin considera necesario comenzar su trabajo con una introducción en la que trata de resumir, lo que considera, sus señas de identidad. Entre otros datos destaca que Mayo del 68 supuso para él un nuevo comienzo. El primero había sido el enfrentamiento bio-antropológico de *El hombre y la muerte,* en 1950. El segundo fue el enfrentamiento antropocosmológico de 1962, publicado en *Le vif au sujet.* El tercero recoge este doble enfrentamiento, que se convierte en el enfrentamiento cosmo-bio-antropológico. Morin dice que lo que le lleva finalmente a escribir *El Método* es «conjuntamente la necesidad de un pensamiento político que no se engañe y que no engañe, y la necesidad de un pensamiento capaz de concebir la complejidad de lo real».

El autor francés se siente atraído al mismo tiempo por la biología (biología molecular, genética, etología), la teoría de sistemas, la cibernética, la teoría de la información, la termodinámica y los problemas epistemológicos de la complejidad.

---

* EDGAR MORIN: *Ciencia con consciencia.* Anthropos, Editorial del Hombre. Barcelona, 1984.

«Comprendo entonces —dice— que la organización debe convertirse en la columna vertebral de toda teoría sobre las cosas, los seres y los existentes».

Edgar Morin concluye lo que ha sido su andadura afirmando que se encuentra planteándose el problema central de un conocimiento del conocimiento y, singularmente, de un conocimiento del conocimiento científico. De ahí el título del presente volumen, *Ciencia contra consciencia.*

Por un principio de complejidad

Para llevar a cabo el trabajo que se propone, el sociólogo francés se da cuenta que de inmediato surge la necesidad de un principio de explicación más rico que el principio de simplificación (disyunción/reducción), y le llama principio de complejidad. Es cierto que éste se funda en la necesidad de distinguir y analizar, como el precedente; pero, además, pretende establecer la comunicación entre lo que es distinguido: el objeto y el entorno, la cosa observada y su observador. No se esfuerza en sacrificar el todo a la parte, la parte al todo, sino en concebir la difícil problemática de la organización.

El principio de complejidad se esfuerza en abrir y desarrollar el diálogo entre orden, desorden y organización para concebir, en su especificidad, en cada uno de sus niveles, los fenómenos físicos, biológicos y humanos. Se esfuerza en la visión poliocular o poliscópica, en la que, por ejemplo, las dimensiones físicas, biológicas, espirituales, culturales, sociológicas, históricas de lo humano dejan de ser incomunicables.

Según Morin, se trata de buscar, en lo sucesivo, la comunicación entre la esfera de los objetos y la esfera de los sujetos que conciben estos objetos. Se trata de establecer la relación entre ciencias naturales y ciencias humanas, sin reducir las unas a las otras, ya que ni lo humano se reduce a lo biofísico ni a la ciencia biofísica se reduce a sus condiciones antroposociales de elaboración.

Para el intelectual francés, la concepción del idiota shakesperiano (es decir, «life is tale, told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing») no es idiota: «Revela una verdad de la historia» —dice—. Por el contrario, la visión de una historia inteligente, es decir, de una historia que obedece a leyes racionales, sí que resulta idiota». «Tenemos que concebir —concluye— en la historia así como la en la vida, vagabundeos, desviaciones, despilfarros, pérdidas, aniquilaciones, y no solamente riquezas, y no solamente vida, sino también saber, saber hacer, talentos, sabiduría».

Orden, desorden, organización

«Lo único que es real es la conjunción del orden y del desorden», escribe Morin en el tomo I de *El Método,* y en su última obra, que comentamos, insiste en que el problema de todo conocimiento moderno es concebir esta conjunción. Y se pregunta: a partir de ahora, ¿no se convierte el problema del conocimiento, no en expulsar y rechazar fuera de su reino lo incierto, lo impredictible, el álea, el desorden, el antagonismo, sino en buscar el diálogo entre ellos?»

El autor de *Ciencia con consciencia* considera que el determinismo no es de una riqueza fascinante, ni lo es tampoco el azar. Aislados, son cada uno de una pobreza desoladora. Considera entonces que la riqueza fascinante, el verdadero objeto del conocimiento científico es la(s) relación(es) orden/desorden, azar/necesidad. Es la realidad de su oposición y la necesidad de su unión.

Morin apunta que una nueva racionalidad se deja entrever. La antigua racionalidad sólo pretendía pescar el orden en la naturaleza. «No se pescaban los peces —dice—, sino las raspas». Al permitir concebir la organización y la existencia, la nueva racionalidad permitiría percibir los peces y también el mar, es decir, también lo que no se puede pescar.

Antes se organizaba a partir de órdenes, es decir, ordenando. Ahora, se trata de ordenar a partir de la organización, es decir, del juego de la interacciones entre las partes comprometidas y el todo. En este sentido, organizar debe sustituir a ordenar.

«Es preciso pensar a la vez orden/desorden/organización y ver el carácter a la vez complementario, concurrente y antagonista de estos términos», insiste el sociólogo francés. Porque la complejidad es esto. Es volver a afrontar las incertidumbres y contradicciones ocultadas por el conocimiento simplificante, no más acá, sino más allá de este conocimiento. Tenemos que considerar en su asociación antagonista orden/desorden/organización (el universo se ordena y organiza desintegrándose), entre continuo y discontinuo.

Condiciones para el desarrollo científico

Si es cierto que el surgimiento y desarrollo de una idea nueva necesitan un campo intelectual abierto, donde se debaten y se combaten teorías y visiones del mundo antagonistas; sí es cierto que toda novedad se manifiesta como desviación y a menudo aparece ante los defensores de las doctrinas y disciplinas establecidas, como una amenaza o como una locura, entonces el desarrollo científico, en el sentido en que este término comporta necesariamente invención y descubrimiento, necesita vitalmente dos condiciones: 1) mantenimiento y desarrollo del pluralismo teórico en todas las instituciones y comisiones científicas; 2) protección de la desviación, necesidad de tolerar/favorecer las desviaciones en el seno de los programas e instituciones.

Morin considera que lo realmente importante es poner en juego dos estrategias cognoscitivas, una que reconozca lo singular, lo individual, lo contingente, lo improbable, el desorden; otra que capte la regla, la ley, el orden.

De hecho, la ciencia del siglo XX ha progresado combinando entre sí el determinismo y la indeterminación, el azar y la necesidad, lo algorítmico y lo estocástico, la teoría de las máquinas y la teoría de los juegos.

El progreso de la ciencia es, pues, una idea que comporta en sí misma incertidumbre, conflicto y juego. Es preciso concebir con complejidad las nociones de progreso y de conocimiento. Epistemológica y ontológicamente, la concepción de Morin se niega a plantear la alternativa del orden y el desorden, del azar y la necesidad, del caos y el cosmos, del sistema y el evento. «En su unidad (contradictoria) —dice— es donde podemos situar la organización, la transformación».

Este es el eje que nos orienta hacia la Scienza Nuova: ciencia de los sistemas complejos auto-organizadores, ciencia de la evolución, ciencia de la creación.

Para Edgar Morin, la tan fundamental e imprescindible complejidad sólo se puede conservar al precio de una recreación intelectual permanente. «Incesantemente —advierte— corre el riesgo de degradarse, es decir, de simplificarse». Toda teoría abandonada a su peso tiende a allanarse, a unidimensionalizarse, a reificarse, a psitacizarse. Por eso, puntualiza el sociólogo francés, hay que estar atentos a la simplificación que adquiere hoy tres rostros:

— La degradación tecnicista; la teoría deja de ser logos y se convierte en techné.
— La degradación doctrinaria. La teoría se convierte en doctrina, es decir, que se hace cada vez menos capaz de abrirse a la refutación de la experiencia, a la prueba del mundo exterior, y entonces sólo le resta asfixiar y hacer callar lo que la contradiga en el mundo.
— La pop-degradación. Se eliminan las oscuridades, las dificultades, se reduce la teoría a una o dos fórmulas de choque; así la teoría se vulgariza y se difunde al precio de esta simplificación de consumo.

De estas degradaciones simplificadoras hay que huir. Porque a nivel macrocósmico, el universo ya no es la esfera ordenada con que soñara Laplace, es dispersión y cristalización, desintegración y organización a la vez. La incertidumbre, la indeterminación, el álea, las contradicciones, no aparecen como residuos a eliminar por la explicación, sino como ingredientes no eliminables de nuestra percepción/concepción de lo real.

La elaboración, pues, de un principio de complejidad, necesita que todos estos ingredientes, que arruinan el principio de explicación simplificante, nutran en lo sucesivo a la explicación compleja. «La complejidad es insimplificable», asegura Morin. Ser consciente de esto es el fundamental punto de partida para poder llevar a cabo una ciencia con consciencia.—ISABEL DE ARMAS *(Juan Bravo, 32. 28006 MADRID.)*

Bibliografía flamenca

Nos llega el número inaugural de la colección Candil, que, como todos saben, se debe el esfuerzo de la Peña Flamenca de Jaén. Desde aquí mi enhorabuena y también mi agradecimiento de aficionado por tan buena iniciativa. Este volumen va firmado por Manuel Yerga Lancharro [1], conocido desde hace algún tiempo por sus numerosos

[1] MANUEL YERGA LANCHARRO: *Apuntes y datos para las biografías de Rojo el Alpargatero, la Trini, Chacón y Manuel Torre.* Colección Candil, Peña Flamenca de Jaén. Jaén, 1981.